

LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Christus pro nobis mortuus est.
Cristo murió por nosotros.*

(S. PABLO A LOS ROM. c. 5, v. 9.)

Almas tiernas y compasivas, ¿tendréis valor para presenciar la escena más trágica, el espectáculo más triste y lamentable que ha podido representarse en todos los siglos? ¿No os faltará el ánimo al escuchar la historia más sangrienta y horrorosa que puede imaginarse? ¿Os permitirá vuestra compasión ver en medio de los más crueles tormentos, de los martirios más terribles, á aquel que tan de veras os ama, á aquel cuyo amor excede al que os pueden profesar todas las criaturas juntas? ¿Vuestra ternura os dejará ver el desconsuelo y las angustias del que alegre á los cielos con su presencia, los dolores del que es imposible por naturaleza, las agonías crueles y la ignominiosa muerte del Autor de la vida? Disponéos, pues, preparad vuestro corazón, haced acopio de lágrimas, que por mucho que sea vuestro valor, no podréis menos de verterlas en abundancia al oír una relación capaz de arrancarlas al más endurecido; una relación que abundaría sin duda alguna un corazón de bronce, y desharría una piedra, si estos seres fueran sensibles.

¡Miserales pecadores! ¿queréis saber hasta dónde llega el horror de la culpa? ¿Desearís conocer los estragos que ocasiona? Venid, venid á oír esta sangrienta historia, y por mucha que sea vuestra perversidad y obstinación, no podréis permanecer insensibles; haréis los más firmes propósitos de no cometer nuevamente un pecado que tan graves males ocasiona. Venid, no movidos de una vana curiosidad, si sólo de la más tierna compasión, porque se trata de la muerte cruelísima del más inocente de los hombres, del Unigénito de Dios.

No sabemos, Señor, el terrible efecto que nuestros crímenes producen en vuestro santísimo Hijo. Dádnoslo, pues, á conocer, para que los evitemos en lo sucesivo. Recurrimos á vos que sois el único capaz de infundirnos este conocimiento; y para más obligaros á que

nos concedáis esta gracia, os recordamos cuánto padeció por nosotros el inocente Jesús, y las angustias de su bendita Madre, viéndole en tan lastimoso estado. *Ave María.*

Ya conocía el Salvador cuán intensos habían de ser sus dolores, cuán excesivos sus tormentos, puesto que para sufrirlos se prepara con la oración; ejemplo digno de imitarse por cierto. Concluida la instructiva lección que dió á sus discípulos en la institución del santísimo sacramento de la Eucaristía, y conociendo que era llegada la hora en que había de dar principio su pasión, elige tres de los que más amaba y se retira con ellos al huerto de Getsemani, donde apartándose un poco, se postró en tierra para considerar despacio la escena que iba á desarrollarse; todos los tormentos, todas las circunstancias que hacían más sensible su pasión se presentan al punto y con la mayor viveza á su memoria. En aquel momento ve á su eterno Padre sumamente irritado contra el hombre, y conoce que no se aplacará su indignación sino con el precio de su sangre, que era preciso derramar por lo mismo. Allí ve la prisión, las ignominias, los crueles martirios que le esperaban; allí ve la cruz afrentosa en que había de exhalar su último aliento; allí ve el desamparo de sus discípulos, el desconsuelo de su bendita madre, el menosprecio de los hombres; allí ve el escaso fruto de su pasión, y nuestros innumerables y enormes pecados que habían de impedirlo; y esta consideración es sin duda la que le atormenta hasta el extremo de derramar por su corazón la más profunda tristeza, exclamando al mismo tiempo: *Triste está mi alma hasta la muerte. Padre eterno; pase de mí, si es posible, este cáliz de amargura y de dolor; pase, porque si sólo su recuerdo me pone á punto de morir, ¿qué me sucederá cuando lo beba?* ¿Qué sentimiento producirá en mí alma la pérdida y condenación de tantos pecadores, cuando sola su representación me coloca al borde del sepulcro? ¿No habrá remedio, amantísimo Padre mío? ¿Está resuelto en los decretos eternos que yo he de apurar este cáliz? ¿Vuestra voluntad es irrevocable en este punto? En tal caso cúmplase: venga, que yo lo apuraré hasta las heces; vengan los tormentos, que yo los sufriré resignado. ¿Qué dolor tan agudo sentiría viendo que su Padre desoye tan justas súplicas, y se niega á prestarle el menor consuelo en tan penosa situación! Pero ¡cuanto se aumentaría también su tristeza hallando dormidos á los discípulos, á quienes volvió después de su oración!

Consideremos esto despacio, cristianos pecadores, porque en esta conducta de los apóstoles está representada la nuestra. ¡El Señor ve-

lando solicito por nuestro remedio, al tiempo que nosotros descuidados dormimos sin temor alguno! ¡El Hijo de Dios padeciendo por nosotros agonías de muerte, y nosotros, olvidados de su pasión y de nuestros intereses, nos entregamos al más profundo sueño! ¡Oh ingratitud, oh ciega locura de los mortales! ¿no conocéis que le obligaréis de ese modo á que se vuelva á retirar, oprimido de dolor y desconsuelo? Así lo hace con efecto viendo dormidos á sus discípulos; repite por dos veces la misma oración, y cada vez más angustiado se apodera de su cuerpo una mortal congoja, que le produce un copiosísimo sudor de sangre, cuyas gotas caían hasta el suelo. Movido el eterno Padre de un desfallecimiento que jamás había sentido su Hijo, se ve, digámoslo así, en la precisión de enviarle un ángel de su gloria, para que confortase su humanidad y le animase á padecer y morir.

Aquí, aquí es donde yo reclamo toda vuestra atención. ¡El omnipotente y criador universal es confortado por una de sus mismas criaturas! ¡El consuelo de los afligidos es consolado por uno de sus siervos! Inferid de aquí cuán oprimido se hallaría su corazón; y persuadidos á que la causa de esta aflicción no es otra que el recuerdo de nuestra ingratitud á lo mucho que iba á padecer por nosotros, y el presentimiento de nuestra desgracia.

Pero pasemos más adelante, y veamos que acabada su oración se levanta animado y fortalecido, y espera con firme resolución la turba de ministros armados que, capitaneados del más indigno de los hombres, del más infiel de los mortales, del más ingrato de los vivientes, del perverso Judas, llegan á prenderle con desapiadada furia, como si fuera el peor de los malhechores. Vedle con cuánta resignación sufre que el traidor imprima en su divino rostro aquellos labios sacrilegos é impíos en señal fingida de amistad, pero verdadera de perfidia, pues era la que tenía dada á los ministros, para que pudiesen conocer á Jesús y prenderle en el acto.

¡Ah monstruo horrible! ¿era acreedor á tan infame conducta ese mismo que te había elegido entre tantos millones de hombres, para ser uno de sus apóstoles? ¿Es regular que correspondas de ese modo á los innumerables beneficios de todo género que te ha dispensado? ¿No te avergüenzas de pagar tan mal el interesante servicio de haberle lavado los pies con tanta humildad, y alimentado con su cuerpo y sangre, del mismo modo que á los demás discípulos que se le conservaban fieles? Tantos milagros como ha obrado á tu presencia, y la previsión misma de tu crimen ¿no te han podido convencer de que ese que vendes por tan vil precio y á personas tan inhumanas,

es el verdadero Mesías, el Hijo eterno de Dios? Si aún resistes á esta verdad, eres más irracional que los brutos, y si la crees, eres el más horroroso de los monstruos, el peor de los demonios. ¡Vender á Dios que es infinitamente apreciable, que da precio y valor á todas las cosas, por un vil y maldito interés! ¡por treinta dineros!!! ¡Ah detestable codicia! ¡ah interés abominable! ¡ah ingratitud monstruosa!

Ved, cristianos, representada en esta venta toda nuestra vida. Cada vez que pecamos, vendemos interiormente á Jesucristo, no por treinta dineros, sino por un precio mucho menor; por un deleite momentáneo, y á veces de balde, que es aún peor, le entregamos en manos de sus enemigos, como lo hizo Judas en las de las turbas, que con la mayor impiedad, sin hacer caso de que con sola una palabra les echó á todos por tierra; sin atender á la benignidad con que restituyó á uno de ellos la oreja que había cortado Pedro, sin conocer por estas señales su divinidad, que arrojan sobre él, le atan con la mayor inhumanidad las manos, le echan otra soga al cuello, y tirando de ella con una fiereza y crueldad nunca vistas, empiezan á caminar entre confusión y gritería, como si hubieran conseguido el triunfo más completo.

¡Qué oprobio! ¡el Redentor de los hombres tratado de este modo por los mismos que venía á redimir! Su figura lastimosa, la bárbara alegría de sus enemigos, la conducta de sus discípulos, de aquellos amados discípulos que él había elegido para sus compañeros, y que apenas le ven perseguido y atado, le abandonan, huyen de él ocultándose por no sufrir su misma suerte; todo esto es digno de la atención de los cristianos, principalmente esta última circunstancia, que es la que nosotros imitamos todos los días. Si; desamparamos á nuestro Dios, después que nosotros mismos le hemos entregado; después que nosotros mismos le hemos atado las manos con nuestra ingratitud y desconfianza, estorbando que nos dispense sus beneficios; se las atamos con nuestra soberbia y vanagloria, impidiendo que nos comunique los bienes y su divina gracia; se las atamos con la demasiada soltura de las nuestras para el vicio y para todos los desórdenes, y luego le abandonamos, le dejamos solo, como lo hicieron los apóstoles, en medio de sus enemigos, que llenándole de injurias, dicerios y malos tratamientos, le llevan á empuellones por las calles, como si fuera un público malhechor, hasta presentarle en casa de Anás, digno suegro del malvado pontífice de aquel año.

Este es el primero de los tribunales, en que es presentado como reo el juez de vivos y muertos: aquí espera y sufre con la mayor resignación que le pregunten por su doctrina y discípulos, y respon-

de con una serenidad, que daba bien á entender cuán tranquila y segura estaba su conciencia: yo siempre he hablado en público; mi doctrina es manifiesta á todo el mundo, porque jamás he enseñado á escondidas: preguntad á los que me han oído, y esos darán testimonio de mis palabras. Esta respuesta tan humilde, tan cortés y comedida, se recibió con muestras de la mayor indignación. Al oírlo uno de aquellos impíos, tuvo la osadía sacrílega de dar como en castigo una fuerte bofetada al Redentor. ¡Oh malaventurada mano que así has maltratado á aquel, en cuya presencia se postran los ángeles y toda la naturaleza criada! ¿Por qué afeas de ese modo el rostro más hermoso de los hombres? ¿Te parece digna de ese castigo una respuesta dictada por la Sabiduría infinita?

Ofensa es por cierto atroz é injusta; mas por desgracia ni será la mayor ni la última que recibía esta noche; éste es el principio de sus tormentos. Desde aquí es conducido á casa del pontífice Caias, donde le esperaban juntos los escribas, sacerdotes y ancianos, los cuales preocupados ya contra él, no cuidan de averiguar la verdad de los crímenes que se le imputan; su empeño es hallar algún falso testigo que deponga contra él, para poder dar á su sentencia visos de legalidad. Allí descargan sobre el Santo por esencia, no una, sino innumerables bofetadas; allí, para mayor afrenta y vilipendio, se atreven á escupir en aquel rostro, espejo lucidísimo de los cielos: allí cubren con un paño sus ojos y le toman por juguete y mofa; allí le tratan de blasfemo, porque confiesa ingenuamente la verdad que es el fundamento de nuestra Fe, el sostén de nuestra Esperanza y la base de nuestra religión: allí pasa toda la noche sufriendo las más injuriosas afrentas y los más dolorosos tormentos: allí tiene el desconsuelo de ver que el discípulo más decidido, el que tantas veces y con tanta seguridad le había dicho que le amaba más que todos, el que había sido testigo de su gloriosa transfiguración, empezando á ser bienaventurado en esta vida, el que poco antes decía estar dispuesto para morir en su compañía, este mismo, á una leve pregunta de una criada deservuelta, le niega, se avergüenza de ser su discípulo, asegura con juramento que no le conoce; injuria que sintió mucho más que cuantas hasta entonces había sufrido.

¿Qué haces, Pedro? ¿Ignoras que con esa negación manifiestas aprobar todo cuanto los judíos hacen con tu maestro? ¿No conoces que con esa conducta indicas no creer en sus palabras, no reconocerle por hijo verdadero de Dios? ¿Qué! ¿tan mal concepto has formado de él, que te avergüenzas ya aun de haberle conocido? ¿No ves que le condenas primero que los pontífices? ¿No adviertes que por

lo mismo que el Señor te aprecia tanto, ha de sentir más tu horrenda ingratitud? Así es á la verdad; se olvida enteramente de los escarnios que le han hecho los sayones, y atiende sólo á la conducta desleal de este apóstol, á quien mira compasivo, haciéndole conocer su culpa con esa mirada expresiva y retirarse de allí para llorarla amargamente.

¡Ay de mi, que instruido en esta circunstancia de lo mucho que ofende al Señor este modo de proceder, le he negado tantas veces, y me he avergonzado de parecer cristiano! ¿Queréis saber cuándo nos conducimos de este modo? Siempre que dejamos de hacer las buenas obras que podemos y debemos, ó nos entregamos á la práctica de las que nos están prohibidas; cuando nos negamos á recibir con frecuencia los sacramentos, no nos apartamos de las malas compañías, no perdemos la maldita costumbre de murmurar, antes bien tratamos de hacer más divertida la murmuración añadiendo algunos chistes picantes; en todas estas ocasiones y otras, que no me detengo á referir, nos avergonzamos de parecer discípulos de Jesucristo, aseguramos no conocerle, le negamos y nos conducimos con las obras del mismo modo que San Pedro de palabra. ¡Insensatos! después de aumentar increíblemente los tormentos del Salvador, nos hacemos acreedores á aquella terrible sentencia que él mismo fulminó diciendo: *el que se avergonzare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo del hombre se avergonzará de reconocerle por suyo, cuando venga con toda su majestad y gloria.* ¡Ay de aquéllos que se hallen incluidos en este tremendo anatema! ¡Ay de nosotros, si merecemos oír en aquel día estas funestas palabras! ¡Terrible, pero bien merecida desgracia por nuestra vergüenza! ¡Horrendo, pero digno castigo de nuestros desórdenes; de esos chistes indecorosos, con que tantas veces escupimos á Jesucristo en su misma cara! ¡Cruelísima, pero correspondiente pena al descaro con que todos los días ofendemos á Dios, como si tuviera los ojos vendados para no ver nuestros crímenes! Continúa, si os parece, esa vida desarreglada; fomenta cuanto os sea posible la desenvoltura, la sensualidad, la murmuración; dad de bofetadas á Jesucristo; obscureced con salivas su divino rostro; avergonzaos de ser sus discípulos; haceld el objeto de vuestros desprecios é injurias; divertíos con él toda la noche, es decir, todo el tiempo de vuestra vida desarreglada, haciéndole sufrir cuantos malos tratamientos sea capaz de sugeriros su mayor y más encarnizado enemigo; y si aún os parece que le habéis atormentado poco, haced un estudio serio por corromper cada día más vuestras costumbres; añadid á vuestros vicios otros más groseros; llevadle como por la mano

á Pilato, para que fulmine contra él la sentencia de una muerte afrentosa; seguid la marcha de aquellos malaventurados... ¿Pero qué os aconsejo? Seguidla, mas no con las obras, si sólo con la consideración, para que veáis que después de tantos baldones y menosprecios como hicieron sufrir al Hijo de Dios en aquella larga noche, le llevan á casa del adelantado Poncio Pilato.

¡Dios mío! ¡con qué gritería y algazara, con qué voces y clamores, con cuánta confusión é ignominia sois conducido á presencia del que ha de fallar vuestra sentencia! Atado, cubierto de oprobio y rodeado de una chusma insolente, llegáis de día á casa del presidente, á quien no piden que substancie vuestra causa, sino expresamente que os condene á la última pena. ¡Cuánto dolor os causaría esta conducta de parte de un pueblo, que pocos dias antes os habia recibido en triunfo! Sin embargo, menos imprudente que los otros jueces, procura examinar la verdad, escucha con atención vuestras admirables respuestas, se informa acerca de vuestra conducta, y hallándoos inocente, no se atreve á condenaros. Crucificalo, crucificalo, es la respuesta de los judíos.

¡Oh lenguas descomunales! ¿qué es lo que pedis? ¡la muerte del inocente! ¡la muerte del justo! ¡la muerte del que os ha dado la vida! ¡la muerte de vuestro Dios! ¿qué motivo tenéis para pretenderlo así? ¿qué pecados ha cometido? ¿de qué crímenes podéis acusarle? ¿Será tal vez de haber abierto los ojos á los ciegos, de haber hecho oír á los sordos, de haber restituido el uso de la voz á los mudos, de haber lanzado los demonios de los cuerpos, de haber dado movimiento á los paralíticos, de haber resucitado los muertos, de que aún quiere resucitar á las almas, para que nunca vuelvan á morir? ¡Oh ingrátitud! ¡oh locura! Decidme si no, ¿qué otra culpa halláis en él, para que sea condenado á muerte? Crucificalo, crucificalo es la respuesta.

¡Ah, maldita obstinación! ¡Ah, ceguedad de los pecadores! En llegando á endurecerse un pecador, no se conduce de otro modo: desprecia las más sólidas razones; cierra los ojos para no ver la luz, y los oídos para no percibir la verdad; por más esfuerzos, que hagan por convencerle de su error, por más que le quieran hacer conocer su locura, aunque le manifiesten el peligro que corre, todo lo desprecia; responde como los judíos: crucificalo; crucificalo á ese Señor que me impone la ley de contrariar mis orgullosos é imprudentes deseos.

Esta era la respuesta de la plebe á las reflexiones de Pilato; crucificalo, crucificalo!—Pero, por qué razón? ¿qué motivo hay?—Crucificalo!—Eso sería una injusticia, puesto que no hay causa para fallar esta sentencia. ¿Es posible que desconocáis su inocencia, que atri-

buyáis á delito lo que es una buena acción?—Crucificalo, crucificalo!—No hay que esperar otra respuesta.

¡Monstruosa obstinación, que de tal modo cierra la puerta á las impresiones de la verdad y de la razón! ¡Funeo pecado que en tales términos pervierte el corazón de los hombres! No ha cuatro días que esos mismos celebraron con las demostraciones más puras de alegría, de gratitud y de reconocimiento la entrada del Nazareno en Jerusalén, saliendo á recibirle con palmas en las manos, tendiendo en el suelo sus vestiduras, para que pasara sobre ellas, exclamando sin cesar: Gloria sea dada al Hijo de David, Hijo verdadero del Dios de nuestros padres; y ¡ahora le maldicen, le colman de afrentas, y piden á grandes gritos su muerte! ¿Qué sentiría aquél que en tan corto tiempo habia experimentado tan diversas acogidas? ¿Qué sentirían los santos ángeles, testigos de uno y otro suceso, y que oían tan distintas voces? ¿Qué sentiría el mismo presidente, puesto que se obstina cada vez más en librarle de las manos de aquella chusma?

Pero, veamos la impaciencia con que caminan los crueles soldados á casa de Herodes, de quien esperaban conseguir la sentencia que el presidente se habia negado á darles: consideremos tanto más atentos esta conducta, cuanto que en ella está representada la nuestra. Cuando obstinados en conseguir el logro de nuestros criminales deseos, se frustran las primeras tentativas, no desistimos por eso; instamos cada vez más; recurrimos á la adulación, á la lisonja, á las más degradantes humillaciones, á la más conocida injusticia; aumenta considerablemente nuestra impaciencia; en ninguna parte encontramos sosiego; la luz del día se nos hace insoportable, el sueño huye de nuestros ojos, y todo sin otro objeto que el empeño de vencer aquella dificultad. Tal es nuestra conducta, en la que procuramos por todos los medios posibles renovar la sentencia de muerte contra el Salvador. No podemos conseguirla en el tribunal de los romanos, y le conducimos al de los galileos; es decir, frustrado nuestro intento por un camino, recurrimos á otro.

Orgullosa Herodes en sumo grado, quiere satisfacer su curiosidad presenciando alguno de los milagros de Jesucristo; mas éste, que sólo los hace cuando lo juzga oportuno, se niega en esta ocasión; por cuyo motivo aquél le desprecia, le califica de loco, y como á tal manda tratarle y conducirle de nuevo á Pilatos. No faltaba sino esta injuria para completar aquella horrible fiesta. Acusado de alborotador, de hechicero y endemoniado, de hombre malvado que se asociaba con publicanos y pecadores, de hereje y blasfemo, restaba sólo que le tuvieran por loco, que es precisamente lo que hace Herodes.

Pilat, teniendo de nuevo en su presencia al supuesto reo, y á vista de la obstinación de sus acusadores, se considera en el último apuro: ó le absuelve como á inocente atrayéndose el odio de aquellas gentes y exponiéndose á los excesos de su furor, ó le condena contra el dictamen de su conciencia y las leyes todas de la justicia. En tan angustiosa situación cree hallar un término medio, imponiéndole un castigo, por el que sin privarle de la vida, satisfaga la inhumanidad de aquellos monstruos: al efecto manda que sea públicamente azotado.

Ahora, cristianos, es necesaria una particular atención; injurias y afrentas, aunque más sensibles tal vez que los dolores corporales, pero menos perceptibles para nosotros, son las que ha padecido el Salvador; mas en lo sucesivo, presenciaremos los tormentos del cuerpo, más á propósito para excitar nuestra compasión: la rabia y el furor van á descargar sus terribles golpes sobre la inocencia; el infierno satisfará completamente su ira, atormentando aquel cuerpo más puro y hermoso que todas las criaturas juntas; los bárbaros sayones van á azotar al Cordero sin manilla. ¡Qué horror! ¡Imponerle un castigo de que por la ignominia estaban libres los ciudadanos romanos! Almas compasivas, cerrad vuestros ojos por no presenciar un espectáculo que llena de horror á la naturaleza toda; mas abridlos vosotros, pecadores obstinados, hombres mundanos y lascivos, abridlos y ved desuado al que viste los cielos de hermosura y resplandor, al que cubre de pieles á los cuadrúpedos, de plumas á las aves, de escamas á los peces, de plantas á la tierra; ved cubierto de ignominia aquel rostro divino, imagen la más viva del pudor.

¡Dios omnipotente! Vos que tantas veces cubristeis repentina y milagrosamente la desnudez de algunas puras vírgenes que padecían por vuestro amor, ¿por qué no cubris ahora la vuestra? ¡Tantos milagros entonces, y ahora os negáis á hacer uno solo! ¡Será que con las injurias haya disminuido vuestra omnipotencia?

No, no por falta de poder, sino de voluntad, dejó de hacerlo. Dueño de los tesoros de la naturaleza, pudiera vestirse del modo más decoroso á su dignidad, sin que nadie en el mundo fuera capaz de impedirlo; pero no quiere hacerlo, para enseñarnos á ser humildes, á despreciar el lujo, las galas con que tantos procuran atraer hacia sí los corazones apartándolos de su Dios; quiso conducirse de este modo, porque así convenia y estaba determinado para nuestro remedio. Y con este objeto permitió que le atasen fuertemente á una columna, y empezaran á descargar sobre sus sagradas espaldas los más furiosos golpes. Estos se repitieron y abrieron una herida tan profunda, que

á poco más se descubrieron los huesos blancos entre la carne colorada. Arroyos de sangre brotaban de las heridas, regando aquella tierra infame, que sostenia á los bárbaros ejecutores de aquella injusta sententia. La ley mandaba que los azotes con que se castigaba á los malhechores, no llegasen á cuarenta, porque no cayera delante del verdugo la carne de su hermano horrorosamente despedazada; pero no tienen fuerza las leyes cuando se trata de Jesucristo. Aquellos monstruos no desisten hasta que se hallan rendidos del cansancio, y el benignísimo Jesús se ve precisado á sufrir el dolor de miles de azotes. ¿Es posible que sólo se ha de quebrantar la ley para castigar al Autor de todas las leyes? ¿Será porque sus delitos superen á los de todos los malhechores?

No, Dios mio, no son vuestros pecados, sino los míos los que se castigan; mis liviandades merecen una pena infinita, y esa es la que vos estáis padeciendo. Ved, pecadores, el fruto de vuestras iniquidades; mas no creáis que es esto solo; la cabeza, á donde no habian llegado los azotes, ahora será atormentada de un modo no visto hasta esta ocasión. Las punzantes espinas de una corona, tejida de juncos marinos, penetran por todas partes aquella sacratísima cabeza, haciendo brotar abundancia de sangre que corria por todo su cuerpo. Vistiéndole otra vez la ropa encarnada, le pusieron una caña en la mano, y arrodillándose en su presencia, le dicen para mayor escarnio: Dios te salve, rey de los judíos; le escupen en el rostro y le hieren con la caña que le habian puesto por cetro en las manos. ¡Oh, dulcísimo Salvador mio! ¿Cómo no se parte mi corazón de dolor, cuando miro ese espectáculo tan doloroso?

¡Miserable de mí! ¿Cómo habrán puesto á mi alma mis pecados, cuando los ajenos desfiguraron de tal modo á mi redentor, que juzgando el presidente que era bastante su figura para aplacar la ira de aquellas fieras, se le presentó diciendo: Ved aqui el que deciais ser causa de los alborotos; mirad cuán humilde y comedido se manifiesta; ved al que queriais fuese condenado á muerte; ya ha sufrido unos tormentos mayores que la muerte misma; ved ahí un objeto capaz de mover á compasión á los más duros pedernales; más insensibles que ellos seréis, si aún tratáis de atormentarle más!

Mirad, almas cristianas, á vuestro Maestro y Rey; mirad, débiles pecadores, á vuestro Redentor; ved el resultado de vuestros crímenes, y considerad si es acreedor á tan infames tratamientos el que con tal intensidad os ama; vedle, y decid si aún puede hacer más por vosotros. Considerad el modo con que venga Dios sus ofensas, y cuán rectísima es su justicia; pero no olvidéis, al mismo tiempo, que si esto

ha permitido en su Hijo por los pecados ajenos, permitirá mucho más en vosotros cargados de culpas propias.

Cada vez más obstinados los judíos, lejos de compadecerse viendo á Jesús en aquel estado, piden con mayor empeño su muerte. Conociendo el presidente cada vez más su inocencia, les propone un medio por el que juzga salvarle. Un reo de muerte esperaba el momento de la ejecución, justo castigo de sus homicidios y alborotos; éste era Barrabás, y como en la solemnidad de la Pascua acostumbraban á soltar á alguno, ¿a quién queréis, les dice, que ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesús Nazareno? Pero ¡oh maldad inaudita! todos á una claman, que sea libre Barrabás. ¿Y qué he de hacer con Jesucristo? pregunta Pilatos. Responden enfurecidos: entregarle á la muerte, crucificarle.

No de otro modo nos conducimos cuando queremos satisfacer nuestras pasiones. La conciencia reprende al avaro, haciéndole ver que no puede desear los bienes del prójimo, y mucho menos tomarlos sin apartarse de Dios; pero su perversa voluntad responde: llénense mis arcas, tenga yo en mis manos el dinero, y vaya Dios lejos de mí. Siente el hombre vicioso una voz interior que le manda desear ideas perversas, é instigaciones de la carne, que le arrastran á la satisfacción de sus pasiones. Mas repite su malvada voluntad: en esta vida no hay otra felicidad que la satisfacción de las pasiones; satisfagámoslas pues. Dios no se acuerda ahora de nosotros; tiempo tenemos de servirle; sirvamos al presente á nuestro cuerpo. ¡Oh injuria! ¡oh vilipendio! ¡preferir un vil deleite, un gusto momentáneo á los placeres de la virtud! ¡estimar en más la satisfacción de nuestros apetitos que la gracia y amistad de Dios! ¡pedir la muerte de Jesucristo por conseguir un bien imaginario que ha de acarrear la muerte á nuestras almas!

Viendo los judíos la intención del presidente, le amenazan con la autoridad del César: si le perdonas, no eres amigo del César, le decían. Flaquea entonces su constancia, se dispone á firmar la sentencia más inicua, condena á muerte al inocente. ¡Infeliz! ¿qué has hecho? ¿Tienes en más el favor del César que la tranquilidad de tu conciencia? ¿Sabes quién es ése cuya muerte has firmado? ¿Olvidas que es el mismo que-te ha de juzgar en el más terrible de los días, época fatal en que no se dejará vencer de respetos humanos como tú, no imitará tu injusto proceder, sino que observará una rigurosísima justicia?

Veamos por último las demostraciones de alegría con que es acogida la sentencia; escuchemos el griterío y algazara con que aque-

los infelices celebran su triunfo; veamos cuán diligentes se ocupan en inventar nuevos géneros de martirios para satisfacer su crueldad. Colocan sobre los hombros del más inocente y santo de los hombres el pesado madero en que había de ser crucificado, sin atender á la costumbre, religiosamente observada hasta entonces, de ocultar al reo los instrumentos de su muerte. Veamos al divino Jesús llevando sobre sí el enorme peso de nuestras culpas, carga superior á las fuerzas de todos los hombres; veámosle caminar á paso lento y caer oprimido en tierra, y entonces conoceremos lo que pesa el pecado mortal. ¿Todo un Dios no puede con él, y nosotros, insensatos, ni aun sentimos su carga? ¿Nosotros, alegres, repetimos las culpas, añadimos pecados á pecados, que es lo mismo que hacer caer á Jesucristo segunda y tercera vez, y levantarle á golpes, ó tirando con furia de la soga que lleva al cuello?

Temible era que el Salvador no pudiese llegar al Calvario; por tanto buscan uno que le ayude á llevar la cruz, aparentando una compasión que no tienen, y ejercitando en realidad la mayor y más espantosa crueldad; tratan de aliviar su cansancio, para que no muera en el camino y les prive del bárbaro placer de crucificarle vivo. ¡Quién tuviera la satisfacción de poder aliviar á este Señor tan maltratado! ¡Quién se encontrara en el lugar del Cirineo! ¡Quién fuera tan feliz que mereciera ver abierta su mano con el duro clavo que atraviesa las del Omnipotente!

No es posible detenerme á referir todo lo ocurrido en el Calvario; suplan el silencio y vuestra consideración lo que mi dolor no permite expresar á mi balbuciente lengua. Judíos ingratos, ya tenéis crucificado al objeto de vuestro odio; ya habéis conseguido saciar vuestra rabia y furor para con él. ¿Vuestra perversidad será capaz de sugeriros nuevos medios de atormentarle? Levantadle en alto para que sea visto de todos; dejad caer de golpe ese madero en que está crucificado, para que se renueven las llagas y brote de nuevo esa sangre dispuesta á redimirnos. Colocadle, para mayor afrenta, entre dos ladrones; hacédle el objeto de vuestras burlas y menosprecios.

Así lo hacen: pasando delante de la cruz y moviendo la cabeza, ¡ah! le dicen, tú que aseguras que habías de destruir el templo de Dios, y lo reedificarías en tres días, cumple lo prometido; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz; ¿con que salvaste á otros, y no puedes salvarte á ti mismo? ¿Dónde está ese poder de que tanto blasonabas? ¿Y cómo creéis que correspondía á tan atroces insultos? Compadeciéndose de los mismos que le insultaban, pidiendo al eterno Padre que los perdonara, y disculpándolos atribuyendo á ignorancia su in-

fame conducta. *Padre, perdónalos*, dice, *que no saben lo que hacen*; primera palabra que pronunció en la cruz.

¡Oh amor infinito! ¡oh caridad inimitable é incomprendible de mi Dios! ¡Pedir tan de veras el perdón para sus mismos enemigos, al tiempo que con sus ofensas y ultrajes cometían el mayor de todos los pecados! ¡Inventar nuevos beneficios para aquellos que, sin acordarse de sí mismos, están proyectando nuevo género de tormentos y afrentas para el mismo bienhechor! ¡Qué contraste!

¡Qué habéis hecho, judíos ignorantes! ¿A quién habéis colocado en esa cruz afrentosa? ¿A quién injuriáis con tan groseras ofensas? ¡Ay! al mejor, al más amable, al más benéfico de todos los hombres; al que es devorado de la sed más ardiente por vuestra felicidad. Así lo dice él mismo: sed tengo.

¿Cuánto puede el amor verdadero, Dios mío! ¡Vos sediento! ¡Vos que supisteis sacar agua de un duro peñasco para refrigerar la sed de los israelitas! ¡Vos que con el mismo fin dulcificasteis las aguas del mar! ¡Vos que enviasteis el ángel para que manifestase á Agar el pozo de donde sacó agua para su hijo, expuesto á morir de sed! ¿Pero cuál es la sed que os molesta? ¡Ah! no es de agua material, sino de la salud de nuestras almas; no deseáis vuestro refrigerio, sino la felicidad de todos los hombres. Estos agradecerán como es justo tan singular beneficio; templarán vuestro ardor presentándoos una bebida fresca y dulce. ¡Ay que no es así! lo que os presentan es un vinagre mezclado con la hiel más amarga.

Viendo nosotros que nuestro Redentor bebe un cáliz tan amargo, ¿tendremos valor para buscar licores exquisitos, manjares delicados? ¿Nos esmeraremos... Pero oigamos esa tremenda voz que sale de la boca del Salvador: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* exclama con el acento más triste.

¡Vos, Dios mío, desamparado de todos hasta del Padre eterno! ¿A quién sino á vos ha faltado hasta ahora un amigo, un pariente, un conocido, una alma compasiva, que le haya prestado algún consuelo en sus tribulaciones, que le haya reanimado en sus tormentos? Siendo así que á la menor insinuación de vuestra voluntad se os enviarían innumerables legiones de ángeles que os acompañaran y sirvieran, ¿por qué permitis tan general desamparo? O en otro caso, ¿por qué prorrumpis en esas quejas?

Lo que con esta conducta quiere demostrarnos Jesucristo, es que el mayor mal que puede sobrevenir al hombre es el ser desamparado de Dios, y que la prueba eficaz de nuestra ingratitud es el abandonarle cuando está padeciendo por nosotros. Este desamparo, este

abandono es el que lamenta, éste es el que le hace prorrumpir en tan amargas quejas; éste es el que le coloca á punto de morir; y con este sentimiento exhala el último suspiro.

¡Circunstancia terrible! Ya consumó, cristianos, la obra para que fué enviado el Salvador; ya se acabó el sacrificio más doloroso y el único capaz de aplacar la ira del Padre eterno.

Ya un sudor frío se extiende por todos sus miembros; ya empuedece aquella lengua, cuya palabra hizo salir de la nada á toda la naturaleza; ya se vuelve pálido y desfigurado aquel rostro que era la hermosura de los cielos; ya se cierran aquellos ojos clarísimos; la imagen de la muerte se pinta en aquella frente pura y serena; el cielo se cubre de luto, los elementos se alteran, el sol va ocultando sus luces, la tierra, las piedras, el velo del templo, todo, hasta el corazón de María se rompe de dolor.

Madre amantísima, apartaos de tan horroroso lugar, que no podréis soportar la vista de vuestro Hijo difunto. ¡Difunto! si, ya expiró, cristianos; ya murió nuestro padre, nuestro amigo, nuestro bienhechor, nuestro Dios. Tiempo es ya de que todas las criaturas se deshagan en llanto, habiéndoles faltado su Criador. Angeles gloriosos, llorad la muerte del que era vuestra gloria; llorad, cielos, la muerte del que os concedió vuestra hermosura; astros, llorad la muerte del que os comunicaba vuestros resplandores; llorad, aves, la muerte del que os vestía de plumas; llorad, plantas, la muerte del que conservaba vuestras producciones; llorad vosotros principalmente, hombres, á cuya vida ha sacrificado la suya. ¿Quién tiene más motivo para llorar que nosotros? nuestro amor, nuestro remedio, nuestra salud, nuestra eterna felicidad le han conducido á la muerte. Las injurias, los desprecios, los azotes, la corona, la cruz, los tormentos, todo se lo hemos proporcionado nosotros; nosotros le hemos pospuesto á Barrabás; nosotros le hemos crucificado; lloremos, pues. Pero ¿qué digo? ¡llora! yo me contentaría con que no repetirais á cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daría por satisfecho con que no renovarais todos los días sus llagas, con que no atravesarais su costado después de haberle muerto, como el bárbaro sayón hizo con su lanza: nada me importaría que no llorais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no menos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que él mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalén: *no lloréis*, dice, *por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de

los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda á vosotros?
¡Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza!

Pero, ¡oh Dios de bondad! ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazón: Señor mío Jesucristo, criador y redentor mío, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amáis, os amo con todo mi corazón, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aun ejecutado vuestra muerte con mis culpas. ¡Ojalá hubiera muerto yo mil veces antes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver á pecar, no volver á ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvadme por vuestra pasión, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacedme participante de vuestros méritos, para que lo sea también de vuestros premios eternos. *Amén.*

JESÚS SE DIRIGE AL HUERTO DE LAS OLIVAS

Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

(MATH. 6, 21.)

¿Cuál es, hermanos míos, en el orden de la salvación, ese tesoro de que habla el Evangelio, tesoro tan precioso, que si llega á fijar nuestros pensamientos, cautiva al instante mismo todas nuestras afecciones? Es el misterio de los sufrimientos y de los oprobios de Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del mundo; el misterio sublime y profundo en el que ha encerrado Dios todas las riquezas de su sabiduría, de su poder y de su bondad. Este misterio es el que ha renovado la faz del universo, el que ha satisfecho á la justicia de Dios, el que ha conquistado la salvación del hombre, el que ha abierto el cielo, santificado la tierra y desarmado al infierno. Este misterio es el que ha producido una religión más santa, un culto más espiritual

y una virtud más pura, porque es más interior; este misterio es la manifestación brillante de todas las verdades, y la censura de todos los errores; todos los vicios encuentran en el su condenación, todas las virtudes su principio y todos los méritos su recompensa; él es, en una palabra, el fundamento de la fe, el sosten de la esperanza y el motivo más poderoso del amor de Dios.

Así, pues, la pasión del Salvador debe ser el primer estudio, el estudio continuo de todo cristiano. Ella formaba el principal asunto de la predicación de San Pablo, y formará también el de la mía. Consideraremos hoy á *Jesús dirigiéndose al huerto de las Olivas*, y veremos lo que significa el cántico que el Salvador dijo, *el hymno dicto*, y su salida de Jerusalén, y el torrente Cedrón que atravesó, y el monte de las Olivas adonde se dirigió, y finalmente el lugar llamado Getsemani y el huerto donde se detuvo con sus discípulos. ¡De este modo descubriremos un rico tesoro de misterios, de instrucciones y de ejemplos, oculto en las palabras más sencillas y más naturales. ¡Dichosos nosotros si fijando en él nuestro espíritu, fijamos también nuestro corazón! ¡Dichosos si nos familiarizamos con la pasión del Señor durante esta vida! pues que es el medio de obtener en la otra la participación de su gloria. Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen. *Ave Maria.*

Cuando se acabó la cena, hermanos míos, aquella grande y solemne cena en la que, por la inefable institución de la Eucaristía, la sabiduría infinita, el Dios de amor había fijado para siempre su permanencia en el mundo y entre los hombres, en el momento mismo en que los hombres formaban el inicuo plan de arrancarle para siempre del mundo, el Salvador, según refieren los evangelistas, antes de salir del cenáculo recito un cántico con sus discípulos. Y bien, ¿cuál fué este cántico, y para qué lo recitó el Salvador?

Algunos, fundados en los libros litúrgicos de la sinagoga, dicen á propósito de este himno ó cántico que recitó entonces el Salvador, que fueron los siete salmos cuyas letras iniciales componen en hebreo la palabra *aleluia*, salmos que los hebreos acostumbraban cantar al fin de cada cena, y especialmente de aquella en que comían el cordero pascual. Así pues, al recitar este himno después de la última cena, en la que el cordero de Dios fué inmolado bajo una forma mística, y ofrecido después y dado por alimento á los discípulos en la comunión eucarística, quiso el Salvador enseñarnos con su ejemplo que si después de tomar el alimento corporal, debemos tributar humildes y fervientes acciones de gracia al Dios de bondad, que se dig-

na reparar las fuerzas de nuestro cuerpo por medio de los alimentos que nos proporciona su Providencia, estamos todavía más obligados á ello después de haber asistido al banquete espiritual en que Dios da por alimento á nuestras almas el cuerpo y la sangre de su divino Hijo.

Otros creen que recitando Jesús aquel mismo himno quiso manifestarnos el deseo vehemente de su tierno corazón, la amorosa impaciencia, el gozo y el ardor con que iba á padecer y morir, á fin de enseñarnos que nosotros debemos también estar prontos á abrazar los sufrimientos, á mortificar nuestras pasiones y á sacrificarnos por Jesucristo con un corazón diligente, con una verdadera y santa alegría.

Después de haber cantado este himno, sale el Salvador de Jerusalén con sus apóstoles. Yo me pregunté á mi mismo, con qué objeto han referido los evangelistas esta particularidad que, desde el punto de vista histórico, podría parecer superflua. Efectivamente, ¿no era fácil comprender, sin esta advertencia, que para ir al monte de las Olivas, situado fuera de Jerusalén, era necesario salir de esta ciudad? Mas no, no es ociosa, no es superflua esta particularidad que recuerda y figura un profundo misterio. Jesucristo forma con sus apóstoles la verdadera Iglesia. Luego esta salida de Jesucristo y de sus apóstoles de la ciudad de Jerusalén, para ir á dar principio á su pasión, nos representa de una manera sensible la verdadera Iglesia, la verdadera Religión, que por los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, abandona desde este momento á los judíos á su ceguera voluntaria, y va á ilustrar á los gentiles.

Jesucristo que sale de Jerusalén acompañado de sus apóstoles nos enseña también que para ser del número de sus discípulos, y para formar parte de su sociedad, de su familia y de su verdadera Iglesia, según el espíritu, no es bastante escuchar y profesar su doctrina, no basta participar alguna vez de sus santos misterios, recitar en su honor algunas alabanzas estériles, ni dirigirlle algunas débiles oraciones; sino que es necesario separarse del mundo, si no en realidad, al menos por el desvío del corazón; que es necesario renunciar á la corrupción del mundo, á las máximas del mundo, á la opinión del mundo, á esas costumbres, á esas modas, á esas comodidades, á esas leyes del mundo que están en oposición con el Evangelio.

Los evangelistas refieren también que después de haber salido Jesús de Jerusalén, pasó el torrente *Cedrón*, palabra hebrea que significa *negruco, obscuro*. Así pues, Jesucristo descendiendo hacia el torrente de la obscuridad y de las tinieblas, es Jesucristo penetrando en la sombría noche, en el horror profundo de los negros pensamientos, del odio cruel, de las odiosas mentiras, de las atroces calumnias,

de las injusticias, de las traiciones, de la perfidia y de la hipocresía, para ser al fin la víctima de sus enemigos.

Tampoco carece de misterio el cuidado que tienen los evangelistas de decirnos que Jesucristo se dirige al monte de las Olivas. En esta circunstancia se encuentran figurados los frutos saludables que nosotros debíamos recoger un día de la Pasión, cuyos primeros dolores quiso él inaugurar en la pendiente de aquel monte misterioso. La oliva es el simbolo de la paz, y Jesucristo dirigiéndose al monte de las Olivas es la figura simbólica de Jesús que va á terminar, al precio de su sangre, la antigua guerra que reinaba entre la tierra y el cielo y á estipular un tratado solemne de paz entre Dios y el hombre. La oliva, por el aceite que produce, es el simbolo de la misericordia, y Jesucristo caminando hacia el monte de las Olivas es Jesucristo que sube á la montaña de la misericordia y que eleva su inefable amor al punto más culminante, á la más alta potencia y al más incomprensible exceso, ofreciéndose á la muerte por nosotros. Jesucristo es el verdadero olivo, que se eleva majestuosamente para recoger el campo de la Iglesia. De este modo, Jesús dirigiéndose al monte de las Olivas, es el olivo fértil y fructífero que por la abertura de sus venas y la efusión de su sangre, ingiere en su propio tronco, uno é incorpora así las olivas salvajes y estériles, que son nuestras almas, á fin de hacerlas fructificar con su propia virtud, con la savia celestial de su gracia y de su amor. Finalmente, el monte de las Olivas á donde Jesús se dirige á ocultarse de las miradas de todos y sufrir allí los primeros dolores, la primera agonía, es el mismo monte desde donde muy pronto, vencedor de la muerte, se elevará á los cielos cargado de trofeos; para enseñarnos que debemos huir de la corrupción de Jerusalén, ó, en otros términos, renunciar á todo contacto con el mundo, atravesar el negro torrente de las tribulaciones, de los sacrificios, de las humillaciones y de todas las penas inseparables de una vida verdaderamente cristiana, y entrar con Jesucristo en el lugar del recogimiento, de la soledad y de la oración. Ved aquí el medio único; ved aquí el único camino; aprendámoslo bien para triunfar de la muerte y del pecado y entrar en el cielo que es el lugar á donde conduce.

Mas, ¿por qué el Salvador, que queria orar en la pendiente de la montaña, y sufrir allí los dolores de una agonía cruel, se dirigió á Gethsemani y entró en el huerto que habia en aquel lugar?

Si hubiera esperado á que hubiesen venido á apoderarse violentamente de él en público, hubiera oscurecido en cierto modo la brillante y solemne verdad de la espontaneidad de su muerte. Cuantas

veces quisieron prenderle los judíos antes del tiempo que él mismo había fijado, se evadió de sus pesquisas por medio de la fuga, ó se hizo invisible á sus ojos por medio de un milagro, porque su hora no había llegado todavía. Mas, hoy que ha llegado al fin esa hora por la que tanto ha suspirado, esa hora tan afortunada para nosotros, esa hora que él mismo había determinado en los consejos eternos de su Padre, Jesús sale espontáneamente al encuentro de la violencia que se le quiere hacer; y se retira á Gethsemani porque sabe que es un lugar muy conocido de Judas, y que su infiel discípulo lo encontrará allí con más facilidad.

Además, no siendo la pasión de Jesucristo un suplicio, sino un sacrificio, y el más grande, el más angusto y el más meritorio de todos los sacrificios, no era conveniente que la santa víctima destinada á un sacrificio tan santo, fuese aprehendida en un lugar profano. Por consiguiente, el Salvador no debía ser aprehendido en medio del día, en las plazas, ni en las calles públicas, ni en medio de la cena, sino durante la noche y en el huerto de las Olivas, es decir, á la hora de las preces y en el lugar donde el Hijo de Dios acostumbra ir para tener sus coloquios con Dios su Padre, y que por lo mismo se había transformado en un verdadero santuario, en un verdadero templo de Dios.

En fin recordemos que Adán prevareció en un huerto. Pues bien, en un huerto es también donde entra hoy Jesucristo, á fin de que sus padecimientos principien en un lugar semejante á aquel en que había tenido principio el pecado. Jesús entrando en Gethsemani es el nuevo Adán que va á expiar en un huerto con su obediencia la rebelión de que se hizo culpable el primer Adán en otro huerto. ¡Oh nuevo huerto! ¡oh nuevo paraíso! ¡Cuán diferente es tu aspecto del de el antiguo Edén! Allí el primer Adán disfrutó del reposo, de los goces, de las delicias y de las dulzuras de la vida; aquí el segundo Adán sólo experimenta combates, aflicciones, tristezas, amarguras, angustias y agonía. Allí corrian rios de un agua clara y limpia; aquí sólo se percibe un torrente humentado de la sangre que brota de las venas del Redentor. Allí un ángel apóstata fué el instigador á la rebelión y al pecado; aquí un ángel fiel viene á sostener la obediencia y el sacrificio. Allí la Majestad de Dios recibe un ultraje, y aquí recibe una satisfacción. Allí se comió el pecado, aquí se reparó. En el Paraíso terrenal, la humanidad fué precipitada hacia su perdición; en el huerto de las Olivas se le hace volver á entrar en el camino de la salvación eterna. En el Edén, del seno de las flores y de los frutos, no salió otra cosa que las espinas de la maldición y del castigo; en Gethsemani, sobre las espinas mismas de la amargura y del dolor brotan

flores y frutos de méritos, de bendiciones, de gracias y de virtudes. Allí, en fin, nace la muerte á la sombra del árbol de la vida; aquí, en medio de un aparato de muerte, renace la esperanza de la resurrección y de la vida.

Cristianos, sigamos á Jesús al huerto, donde su corazón nos abre todos los tesoros que pueden santificar y atraer al nuestro. No perdamos en la molición, ni en las enojosas vanidades del siglo, unos días que sólo se nos han concedido para que sigamos é imitemos á Jesucristo. El divino Redentor se dirige al huerto acompañado de sus discípulos; él mismo dirige sus pasos, él los instruye con sus palabras, los edifica con su ejemplo, los consuela y los sostiene con el espectáculo de sus penas; él los santifica ofreciéndose por ellos; él los asocia á sus preces de una manera especial, les aplica eficazmente el fruto de su sacrificio y de aquella sangre preciosa que vierte en presencia de ellos, y finalmente, con la virtud de su poder se hace su escudo y amparo contra el furor de los Judíos. Jesucristo, en una palabra, hace hoy que sus discípulos sean espectadores y compañeros de sus sufrimientos sobre el monte de las Olivas, adonde bien pronto los llamará para que sean compañeros y espectadores de su gloriosa ascensión. Apresurémonos á confundirnos por medio de una santa unión con los apóstoles y discípulos, con todas las almas piadosas y fieles que caminan en pos del Salvador; fuera de cuya sociedad seríamos excluidos para siempre del eterno gozo cuya posesión ella sola puede asegurarnos. Para esto, escuchemos con un espíritu humilde y un corazón fiel el sublime y último precepto que Jesucristo nos da de recibir su fe y observar su santa ley; dirijámos frecuentemente á Dios el himno del reconocimiento y del amor; huyamos del aire inficionado de Jerusalén; alejémonos de las asambleas profanas, de los espectáculos corruptores y de la sociedad de los impíos; bebamos de las negras aguas del arroyo Cedrón, aceptando con piadosa resignación las tribulaciones y la penitencia; atravesemos este torrente, sufriendo con fortaleza y constancia los desprecios del mundo por el amor de Jesucristo; retirémonos frecuentemente con él al huerto, es decir, al silencio de la meditación y de la oración. Todo se puede, todo se vence cuando se camina en pos de Jesucristo. Reunidos en el monte de las Olivas con el Salvador agonizando, participaremos de la unión de su gracia, y sostenidos por su propia fuerza, nos volveremos á encontrar más tarde sobre esta misma montaña, para participar del gozo de su gloriosa ascensión.

Sólo nos resta, hermanos míos, indagar los motivos por qué los evangelistas han querido conservarnos el nombre del lugar afortunado

do donde el Salvador fué á consagrar á la oración los últimos instantes de su vida. Este lugar, nos dicen, se llamaba *Gethsemani*, palabra hebrea, que significa *el valle del Aceite ó el molino de Aceitunas*. ¿Y qué importaba al mundo cristiano saber el nombre de este lugar, si no estuviera encerrado en este nombre un misterio? Para comprender este misterio, procuremos recordar la historia de aquella pobre viuda de quien se habla en el libro cuarto de los Reyes. Reducida á la última indigencia y á la imposibilidad absoluta de pagar las deudas que su marido había dejado al morir, se veía amenazada de ver á un acreedor inhumano arrebatarle sus hijos y conducirlos á la esclavitud. El profeta Eliseo, compadecido de la suerte de esta madre desolada, se presenta en su casa, y multiplica milagrosamente el poco aceite que le quedaba, de tal modo que ella puede satisfacer á todos sus acreedores con el producto de la parte que vende, y reservar lo bastante para subsistir ella y sus hijos. Pues bien, esta historia es una figura y una profecía del misterio de Gethsemani, cuya explicación nos da ella misma. En efecto, la viuda de Samaria representa á la humanidad entera, á quien la muerte espiritual de Adán, su cabeza y su esposo, había reducido á la última indigencia. Ella no tenía con qué pagar la deuda contraída por su prevaricación, y veía sus propios hijos expuestos á ser eternamente esclavos desgraciados del demonio. Entonces Jesucristo, verdadero Eliseo, pues que la palabra *Eliseo* significa *Dios Salvador*, se movió á compasión por esta desgraciada familia; bajó á la tierra, habitó con la pobre humanidad, y derramó y multiplicó en ella el aceite de su misericordia y de su sangre. Por medio de este precioso licor hemos reunido nosotros, mortales infortunados, la suma necesaria para pagar todas nuestras deudas, para librarnos de la esclavitud del demonio, para vivir la vida de la gracia y revestirnos de la inmortalidad. Y como Jesucristo ha cumplido esta obra de su amor infinito por medio de su pasión, eligió para dar principio á ella el huerto de Gethsemani, ó *el valle del Aceite*, á fin de que el nombre mismo del lugar nos instruyese del misterio que obraba en él.

Esta es la causa por qué había anunciado David que el Mesías ó el unguento del Señor sería cubierto del óleo misterioso de la alegría, á causa de la verdad de su enseñanza, de la dulzura que él mostraría en sus sufrimientos, de la justicia que haría brillar en sus juicios, de su amor á la virtud y su odio al vicio. Mas, Jesucristo no tenía necesidad de esta unción como hijo de Dios; él la recibe pues como hijo del hombre, como cabeza y representante de la humanidad, para derramarla sobre todos los hombres. En el huerto de Gethsemani fué

donde Jesucristo principió á comunicarnos este óleo divino. Allí fué donde se hizo verdaderamente nuestro *Cristo* ó nuestro *ungido*; allí fué donde derramó sobre nosotros á manos llenas el óleo de su misericordia para hacernos renacer á la alegría, y el óleo de su virtud para darnos la fuerza suficiente para pelear, á ejemplo suyo, con el demonio y vencerle.

Mas, así como el aceite multiplicado por Eliseo no se vertía sino en los vasos que le eran presentados por la viuda, del mismo modo la sangre de Jesucristo no es recogida sino por las almas que la Iglesia le presenta después de haberlas purificado; y estas almas son las que escuchan las palabras de la Iglesia, profesan su fe y participan de sus sacramentos.

Eliseo pedía sin cesar á la viuda otros vasos para llenarlos de su aceite milagroso, y de este mismo modo es como Jesucristo, que desea colmarnos de sus gracias, mucho más que nosotros mismos deseamos recibir las, pide continuamente á su Iglesia nuevas almas para derramar en ellas el óleo de su misericordia, y la Iglesia se esfuerza en buscar estos vasos preciosos. Con este objeto envía sus misioneros á los países idólatras y herejes, y aun en los mismos países católicos manda á sus ministros que exhorten en su nombre á los fieles á que abran sus corazones para que el verdadero Eliseo pueda llenarlos de los dones de su amor. El óleo del profeta no cesó de correr hasta tanto que la viuda no tuvo vaso alguno que presentarle. Lo mismo sucede á la bondad de Dios: jamás es ella la que nos falta; los corazones de los hombres son los que refusan aprovecharse de la misma. ¡Ay! Temblemos por nosotros: porque el Señor, como él mismo nos ha amenazado, irritado justamente de haber esperado en vano por largo tiempo á nuestro corazón para derramar en él su gracia, detendrá el curso de este raudal precioso. Lo mismo que las vírgenes necias del Evangelio, desearemos á la hora de la muerte proporcionarnos el óleo de su misericordia; mas no encontraremos entonces quien nos lo quiera dar.

Así pues, hoy que este manantial precioso de la misericordia de Dios se abre para derramarse sobre nosotros, renunciemos á nuestros vicios, purifiquemos nuestros corazones de los gustos profanos con las lágrimas de la penitencia, y recojamos en ellos la gracia que corre tan abundantemente de la pasión de Jesucristo, á fin de que, si somos en este momento vasos de cólera para Dios, en el momento de ser rotos por la muerte, nos hagamos vasos de elección, vasos de honor y de gloria, dignos de las complacencias, del amor y de la eterna sociedad del Señor. Así sea.

LA AGONÍA DE JESÚS EN EL HUERTO DE GETHSEMANÍ

Factus in agonia prolixius orabat.
Y puesto en agonía oraba con mayor
vehemencia.

(Luc. 22, 43.)

Llegada era ya la hora, hermanos míos, y sólo faltaba que Jesucristo padeciera y muriera por nosotros. Acaba de instituir el adorable sacrificio de su Cuerpo y Sangre; había dictado a sus amados discípulos su última voluntad en un testamento de amor. Pasa el torrente Cedrón, sube al monte Olivete, y allí en el huerto de Gethsemaní despide a sus apóstoles, diciéndoles: «Asentaos, mientras yo me retiro allí a un lado para orar.» Toma consigo solamente a Pedro, Juan, Santiago, es decir, a los mismos que había escogido para ser testigos de su Transfiguración en el Tabor; ahora, en situación por cierto muy diferente, les dice: «Triste está mi alma hasta la muerte; esperad; sostened conmigo la lucha; velad conmigo y orad, no sea caigáis en la tentación.»

Aléjase como cosa de un tiro de piedra, postráse pegando su rostro a tierra, y orando a Dios, le dice: «¡Oh Padre mío! si me amáis, alejad este cáliz de mí; sin embargo, hágase vuestra voluntad, no la mía.» Y reducido á la más cruel agonía, repetía esta misma oración. Levántase, marcha hacia sus discípulos, á los que se complace llamar sus amigos; hállalos empero dormidos, y como abatidos por la tristeza. Dijo entonces á Pedro: «¿Simón, duermes? ¡Ni aun si quiera habéis podido velar conmigo una sola hora! Velad y orad para no entrar en la tentación; porque si el espíritu parece estar pronto, la carne empero es muy flaca.» Retírase otra vez, repitiendo las mismas palabras, tan sentimentales como llenas de majestuoso misterio: «Padre, todo es posible; alejad de mí este cáliz; sin embargo, suceda todo en mí, según vuestra voluntad, no según la mía.»

Vuelve segunda vez á sus discípulos, encuéntralos también dormidos, y los deja. Torna á orar por tercera vez, y por tercera vez repite á su Padre la misma súplica: «Alejad este cáliz,» renovando igualmente el mismo acto de conformidad é inmolación para cumplir su voluntad. Levántase en fin, vuelve á sus discípulos, que dormían aún, mientras que él había estado padeciendo tres horas de una agonía y unos padecimientos tan atroces, que sólo podía conocer su divino entendimiento. Pero ahora les dice: «Dormid ya y descansad; ved que la hora ha llegado ya, y como se acerca el que me ha de vender; levantaos.»

Amados hermanos míos, vamos á contemplar juntos por cortos momentos esta parte del relato evangélico. Reunidos en este santo lugar, trataremos de escudriñar, en medio del recogimiento de la oración, con la majestuosa sencillez de la palabra evangélica, las graves y preciosas lecciones que nos ha dejado escritas el sagrado historiador. Hoy, en presencia de este huerto y de este monte, tan dignos de nuestras más profundas admiraciones, por haber sido teatro de la divina agonía, me propongo, con la gracia del Señor, considerar en esta actitud del mayor padecimiento y del mayor dolor que conociera el universo la valentía de la fuerza de Jesucristo, porque en esta circunstancia se muestra muy particularmente su corazón, esto es, el corazón de un héroe divino. Veréis, hermanos míos, la fuerza de un Salvador en medio de esa apariencia de flaqueza; y en esa agonía cruel observaréis cuál ha sido su oración, para enseñarnos sobre todo que en ella sola encontramos nuestra fuerza y salvación. Hablaremos, pues, del valor en la oración, y de la energía en su perseverancia, pues que ambas cosas son menester en alto grado para rogar á todo un Dios. Jesús, hecho presa del más profundo abatimiento, ruega; Jesús, constituido en un estado de la más completa abnegación, y en medio del acto de la inmolación más entera, ruega; Jesús, en fin, reducido á la agonía más cruel, prolonga, extiende, hace más intensa su oración. Tales son los principales caracteres que presenta la sagrada escena del huerto de Gethsemaní; y estos mismos caracteres serán el objeto de nuestra común meditación. ¡Oh María, amantísima Madre! alcanzadnos el deseo de la oración, la perseverancia en la oración; obtenednos, en fin, la fuerza de seguir al Salvador divino hasta la agonía en el misterioso Olivete. *Ave María.*

Jesús, hermanos míos, se ve sumido en una suma tristeza y abatimiento. Aquel, cuyas palabras son la verdad misma, decía á sus

apóstoles: «Triste se halla mi alma hasta la muerte.» Es como si dijera: «si no retuviera yo la vida, si no la impidiera escapármese, me causara la muerte de mi cuerpo en este mismo instante el vivísimo dolor que experimento.» Y en efecto, nos lo representa el relato evangélico, como abandonado al temor, al abatimiento más profundo, á la pena, á la tristeza, al más vivo dolor. ¿No lo veis en medio de las tinieblas, solo, en un sitio retirado, postrado? ¡Ah! aunque en apariencia sin fuerzas, ruega, sin embargo, con profundísima oración. Pero he aquí que se le representan ante sus ojos todos los motivos de dolor que habian de dar muerte á su corazón. ¡Ah, hermanos míos! el mundo, los siglos todos se descubren y desarrollan ante sus ojos de una manera más aguda y penetrante que la misma muerte en presencia de Dios, su Padre, ante el tremendo tribunal de su justicia, y cargado él con las iniquidades del mundo, habiéndose revestido de todas nuestras flaquezas, de todas nuestras debilidades, cargado, en fin, con todo el peso de nuestras deudas. Está viendo nuestro divino Salvador en ese espantoso y tremendo cuadro toda la malicia, toda la ingratitud, toda la abominación que cubre el universo entero; póstrase, pega su rostro al polvo, ora, y conocéis bien por qué dice entonces á vista de un espectáculo que le parte el corazón: «Que este cáliz se aleje de mí.»

Y no se crea, hermanos míos, que aunque Jesús haya querido entregar su humanidad santa á todas las impresiones del temor y de la tristeza, se alija y se desconsuele al considerar los dolores y males que le agobian en extremo. A pesar de sentir en toda su viveza esa repugnancia y esos horrores en la cercanía de su muerte, porque así lo ha querido, son sin embargo las iniquidades de la tierra, nuestros pecados y nuestros propios males los que le agobian, y como que le abruman en tan gran manera. ¡Ah! Él ha ido contando y pasando en revista vuestros años, vuestros días, todos vuestros instantes. ¡Oh! hombres que me escucháis, él va recorriendo entonces toda la carrera de vuestra vida: él sube desde vuestra tierna infancia hasta la edad más avanzada, si es que habéis llegado á ella: él va pasando todos los eslabones de la cadena de vuestros días desde la vejez hasta la juventud; y en seguida, como si cada uno de vosotros estuviese solo en el mundo, vosotras, almas que le habéis ofendido, él se aflige y se desconsuela por cada una de vosotras. ¿Y por qué? ¿cuál es el misterio de esta tristeza, y por qué, pues, Jesucristo se ha sumergido en un mar de amarguras? ¡Ah, hermanos míos! porque Jesucristo conoce perfectísimamente lo que es debido á Dios. Y á este conocimiento tan perfecto de lo que exigen la grandeza y la justicia de

Dios, se unia en él un conocimiento no menos evidente y agudo de nuestra naturaleza y de la gravedad del pecado, cosas que nosotros no conocemos bien. Jesucristo pone ambos extremos de su conocimiento divino en parangón, en paralelo; cotejalos. Compara los ultrajes del hombre con la grandeza y justicia de Dios. Ahora bien; cuando Jesús, iluminado por la misma luz divina, en presencia de la conciencia y de la justicia divina, pesa una y otra en la balanza, cuando ve este torrente de gracias que ha inundado el mundo todo; cuando tiende su vista desde el beneficio de la Creación hasta el de la Redención; cuando ve que todo cuanto Dios dió con divina prodigalidad á su pueblo y á la humanidad entera, se une á honra y gloria suya, para darles el brio, la fuerza, el aliento de la fidelidad; cuando ve, en fin, que no ha sido pagado sino con ingratitudes; entonces, saturado de amargura, y viéndose vendido por una traición no interrumpida, y desconocido por una continua infidelidad, Jesús se aflige, se desconsuela.

Pero entretanto, hermanos míos, ora, ora sin cesar: «Alejad este cáliz de mí, Señor, si es posible.» ¡Oh, católicos! ¡Y cuán lleno de ultrajes y amarguras se ve el dulce, el amoroso Jesús! ¡Y cuán agudo es el dolor en que su alma se halla profundamente sumergida! Y, sin embargo, se abisma en la oración más preferente. Hermanos míos, es cierto que Jesús ha pedido que se aleje de él el cáliz; pero también pide que ante todo se cumpla la voluntad de Dios: y podéis notar también que en su oración, en su dolor y en su tristeza, si llora, si se desconsuela, no es por sí mismo, no: es por vosotros mismos, por la humanidad entera; y así os es muy fácil penetrar todo el sentido de esta palabra divina: «hágase tu voluntad.» ¡Ah! sin duda alguna al cumplir la ley del sacrificio, él acepta el dolor, la agonía y la muerte; pero lo que entonces pide, en medio del desconsuelo y del dolor de la agonía la más cruel de su alma, es vuestra salvación, es vuestro perdón, amados hermanos míos. En presencia de vuestras iniquidades, á la vista de vuestros crímenes, no oiréis, no, salir de su boca ninguna palabra de ira, de justicia; él ruega humildemente y conjura: Que vuestra voluntad, ¡oh Dios y Padre mío! se cumpla; sed bendito, Padre; establezca en la tierra entera vuestro reinado: estas almas que os han ofendido son más bien flacas que criminales; perdonadlas, Señor. Si; mi alma está triste hasta la muerte, cuando yo veo y considero todo lo que os es debido, ¡qué recompensa y qué justicia habian de subir hasta vuestro trono, como un homenaje, como un incienso de suave olor! Señor, Señor, estas almas extraviadas son vuestros propios hijos, son mis hermanos; yo voy á

dar por ellos mi vida, y á derramar mi sangre; perdonadlos, y cúmplase así su salvación.

Ved, hermanos míos, el sentido de las palabras de nuestro Señor Jesucristo; y así es como en esta tristeza misma, que es una preparación para hacernos entrar en nosotros mismos, á fin de que concibamos un verdadero dolor de nuestros pecados; en esta tristeza, digo, encontramos el apoyo, la confianza, la dicha, el consuelo de la oración de nuestro Dios, y la inteligencia de su amor y de su perdón, infinitos uno y otro. Jesús ha interrumpido su oración por tres veces, é ido hacia sus discípulos, como en ademán de buscar en ellos algún alivio para sus crueles angustias. Parece querer indicarnos con esto nuestro Salvador que podemos buscar á su tiempo algún consuelo en derredor de nosotros. Tenia él discípulos y amigos; habiales encomendado reiteradamente rogasen y velasen con él; y, sin embargo, los encuentra dormidos. Se ve, pues, solo, enteramente solo en la oración, y como abandonado de su Padre. Este parecia haber cerrado el cielo de las bendiciones en torno de él, y el cielo parece ser para él de bronce. Entonces es enviado un ángel, aparécesele; mas no para consolarle, sino para confortarlo. Así, pues, amados hermanos míos, en medio de esta borrasca que de todos lados nos coge, en lo más acerbo de estas luchas, respecto á la santificación y salvación de nuestras almas, abandonados á la tristeza, y como sumidos en un piélago de agudos dolores, podemos muy bien buscar entre amigos, cristianos y fieles algún consuelo, algún apoyo; pero ved la lección y retenedla. Es necesario recurrir siempre á la oración.

Por otra parte, decidme, pues que lo sabéis muy bien, ¿es por ventura siempre fiel el apoyo de la amistad humana? ¿No habéis experimentado harto frecuentemente el abandono y desamparo al rededor de vosotros? ¿No es verdad que en los días de vuestra prosperidad y alegría os habéis visto rodeados y festejados de muchos, y que, por el contrario, en el día de vuestra pena, de vuestra adversidad, en el día de vuestra tristeza y dolor, habéis visto separarse de vosotros tal vez vuestros más íntimos amigos? Pero os quedaba Dios, y por consiguiente, podiais acudir siempre al solo, al eficaz remedio de la oración. En ciertos momentos y circunstancias, el recuerdo de lo pasado, las solicitudes de lo presente, las aprensiones de lo porvenir, vienen á veces á cargar sobre un alma un peso insoportable.—Es difícil orar.—Convengo en ello; y por esta razón he venido á predicaros sobre el valor y la fuerza de la oración. Y bien, tristes, agobiados, flacos, débiles, hechos el blanco de agitaciones interiores, atormentados, en fin, de todos modos por el enemigo, ¡ah, hermanos míos! ¡oh, almas

cristianas! recurrid á la oración, postraos como Jesús en el huerto de Getsemani, rogad, rogad, y repetid la misma oración: «Señor, aléjese de mí este cáliz; no permitáis, Señor, estas caídas que me desconsuelan y desaniman, este desamparo y abandono que crucifica á mi corazón; no puedo hacer frente á tantos combates: sin embargo, hágase vuestra voluntad, no la mia.» Entonces, amados hermanos míos, os sentiréis fuertes y animosos: entonces tendréis el secreto de este heroísmo divino del Salvador, que tan penosamente luchó en el huerto de Getsemani. Sin embargo, va á subir muy en breve al Calvario y á comenzar su sacrificio.

Por esta razón Jesucristo nos ha querido dar esta lección de valor y de fuerza en la oración, y si él ruega, es cabalmente en tiempo que su Padre le pide, le exige, por los pecados del mundo, una inmolación entera de su ser (en cuanto hombre), de su vida, de su voluntad; porque esto quiere significar en efecto esta frase de su oración: «cúmplase, Padre mio, tu voluntad; no la mia; suceda lo que quiera, que en todo se haga como vos lo queréis, no como yo quiero.» Por lo demás, sabéis muy bien que el Hombre-Dios, nuestro divino Salvador, no sufría violencia, fuerza ni poder extraño: conocia muy claramente desde el primer instante de su vida mortal, y lo conocia muy profundamente en su alma, todo lo que le estaba aguardando. Así es que San Pablo lo representa á la entrada de esta vida como teniendo que escoger entre el gozo y los tormentos de la cruz, escogiendo la cruz y llevándola animoso. Jesús lo sabia, pues, todo; lo había dicho frecuentemente á sus discípulos, y acababa de anunciárselo de nuevo, diciéndoles: «Llegada es ya la hora, y el Hijo del hombre será puesto en manos de los pecadores para ser crucificado.» Habiales prevenido, para que no fuesen sorprendidos y se escandalizasen de su Pasión. Iba, pues, al encuentro mismo del sacrificio que había libremente aceptado, y que decretado tenia el mismo de antemano.

Jesús, sujetándose por su propia voluntad al temor, á la pena, al horror de la muerte, contempla á ésta en toda su amargura, en toda su crueldad; quiere en su santa humanidad que no descienda nada en este momento de la divinidad que le está íntimamente unida. Es una humanidad débil, flaca, sensible, blanco de todas las ansias, de todas las repugnancias, de todos los horrores que podemos nosotros concebir; exenta, sin embargo, de toda imperfección y sombra de pecado, y aqui mismo, amados hermanos míos, encontramos de nuevo la grandeza, la fuerza, el valor del héroe divino. Jesucristo va á orar; ruega, hace oración, la prolonga en medio de las angustias y terrores; y ved, hermanos míos, la lección y ejemplo que nos da de

valor y aliento. Es muy cierto, católicos, que hay circunstancias en la vida, en que Dios pide y exige un sacrificio cruel; hay afecciones de corazón que es preciso arrancar de cuajo: preciso es que se cumpla la voluntad de Dios. ¡Ah! si en tan oportuno instante sabéis volver á encontrar el asilo y el lenguaje de la oración; si entonces os postráis ante el acatamiento del Señor; si abismados y confundidos en vuestra propia flaqueza, sabéis orar entonces para pedir lo que de vosotros mismos no queréis hacer, lo que no sabéis hacer; si, hechos el blanco de pasiones violentas, en lucha contra inclinaciones que os tiranizan, fastidiados por las decepciones y engaños de una vida esencialmente falaz, fatigados por las tristezas de una existencia miserable; si entonces, en el golfo de tan encontradas contradicciones, perseveráis orando; si continuáis en esta actitud para que se os abra la puerta del cielo, para conjurar al Señor os oiga á pesar de vosotros mismos, contra vosotros mismos, ¡oh hermanos míos muy amados! ¡seáis benditos una y mil veces! esa es cabal y precisamente la lección que Cristo os da.

El quiso padecer en sí mismo y en toda su viveza estáis repugnancias; ved su agonía, en aquella misma actitud está; esos mismos é idénticos son los sacrificios que no queréis hacer, porque os halláis sumergidos en lo más hondo de las fluctuaciones de vuestra alma. ¡Ah, hermanos míos! vosotros padecéis así con exceso porque ó no sabéis ó no queréis orar.—Es muy difícil.—Convengo en ello. Menester es un aliento extraordinario, un gran valor para orar; ¡oh! sí; un gran valor; pero en eso está nuestra fuerza. Dejad muy á lo lejos el humano orgullo que cree hallar en sí mismo la fuerza, el valor. Y bien, en la escuela de Gethsemani, y oyendo la oración del Salvador agonizante, yo he comprendido cuales son la dignidad, la fuerza, el ánimo del hombre en las necesidades y tormentos de esta vida, en presencia de las amenazas de un fatídico porvenir y de las luchas de un presente sin consistencia. ¿Seríamos tal vez tentados de considerar cual testimonio de flaqueza la acción de un hombre que se postra y hace oración?

Estaba Jesús reducido á la agonía, hecho el blanco de los más atroces dolores; bañaba su rostro y humedecía sus vestiduras un copioso sudor de sangre. ¡Ah! contemplad á vuestro Salvador; ved allí la sangre de la Redención, la sangre del dolor, la sangre de la penitencia y arrepentimiento. Ese es, pues, hermanos míos, el dolor que ha de consolaros y bendeciros; mas permitidme haga todavía un reparo. Pero ¿en dónde está, en dónde se ve aquí la fuerza y el valor? ¿Y qué lección es ésta que nos da Jesucristo mismo? Hermanos míos,

Jesucristo reducido á la agonía prolongaba su oración. ¡Ah! se levantó, no solamente durante la primera hora, sino aun después de concluida; va á sus discípulos que encuentra dormidos; se postra, y ora postrado, y eso una hora entera además; encuentra á sus discípulos, á sus amigos que todavía estaban sumidos en la tristeza y cogidos del sueño; vuelve á la tercera hora; arránsase de un torrente de lágrimas sus ojos, sumérgese en un piélago de angustias, amarguras y tormentos, cargando con todas las iniquidades del mundo, llorando nuestras faltas y flaquezas. Y bien: ¿qué hace en tal coyuntura? ¿dónde está su fuerza? ¿en dónde su victoria? ¿en dónde su sacrificio para rescatar el mundo? En la oración.

¡Oh! prolongad vuestra oración, sí; olvidad todas las solicitudes, aun hasta los deberes mismos por un momento; olvidad las penas, los cuidados, las necesidades, los acontecimientos públicos y privados; olvidadlo todo, y rezad, rezad; alargad vuestro rezo por más que estuviereis en el padecimiento y la agonía. Orad, orad; sabed orar, y no os canséis de repetir la palabra de nuestro Salvador: «Señor, Señor, que vuestra voluntad se cumpla, y no la mía.» «Cuán dichoso sería yo, hermanos míos, si al salir de este sagrado recinto, cada uno de vosotros, después de haber escuchado mi humilde palabra, encontrase en el seno de su hogar doméstico el consuelo, la luz y la paz; si después de haber abandonado tal vez por algún tiempo el camino de la oración, supiereis volverla á tomar con valor unos y otros! ¡Oh fuerza de la oración, manantial fecundo de resoluciones generosas, de esfuerzos heroicos y de espléndidos triunfos! ¡Oh valor de la oración, fuerza y magnanimidad de la oración, secreto muy poco conocido del mundo entre los hijos de los hombres! ¡qué tanta necesidad tenemos de ti! ¡Oh corazón de Jesús, nuestro divino Salvador, agonizante en el huerto de Gethsemani! ¡Oh corazón inmaculado de su santísima Madre! dadnos esta fuerza, este brio, esta energía; otorgádnoslos en este santo tiempo, en la hora en que Dios quiere que hagamos suspender quizá el rayo de su ira y de su justicia; dadnos ese celo, ese rendimiento afectuoso y esa constancia en la oración, á fin de obtener la fuerza para perseverar hasta el fin de la vida y ser benditos á la hora de la muerte. *Amén.*